

Segundo domingo de Cuaresma

1 de marzo de 2026

«Su rostro resplandecía como el sol».



«La Transfiguración no es un cambio de Jesús, sino que es la revelación de su divinidad, la íntima compenetración de su ser con Dios, que se convierte en luz pura. En su ser uno con el Padre, Jesús mismo es Luz de Luz. Pedro, Santiago y Juan, contemplando la divinidad del Señor, se preparan para afrontar el escándalo de la cruz, como se canta en un antiguo himno: *“En el monte te transfiguraste y tus discípulos, en la medida de su capacidad, contemplaron tu gloria, para que, viéndote crucificado, comprendieran que tu pasión era voluntaria y anunciaran al mundo que tú eres verdaderamente el esplendor del Padre”*. Queridos amigos, participemos también nosotros de esta visión y de este don sobrenatural, dando espacio a la oración y a la escucha de la Palabra de Dios».

BENEDICTO XVI, Ángelus, 20 de marzo de 2011.

* Pintura: CARL BLOCH, *Transfiguración de Jesús*.

La Transfiguración nos anuncia la Resurrección

Valdría la pena hacer un ejercicio para prepararnos a vivir el segundo domingo de Cuaresma: leer primero el prefacio propio que nos propone el Misal para este domingo y luego leer la perícopa del Evangelio. El prefacio comienza diciendo que el acontecimiento de la Transfiguración sucedió después de que Jesús anunció su muerte a los discípulos. Esta afirmación nos remite al primer anuncio de la Pasión: *«Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que Él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas y ser matado y resucitar al tercer día»* (Mt 16,21).

Siguiendo la secuencia que nos propone el Evangelio de Mateo, es evidente que hay una relación entre el anuncio del Misterio Pascual y la Transfiguración. La Transfiguración como un momento teofánico, momento de revelación, acontece mientras Jesús avanza en su camino hacia la muerte. Como el camino del Salvador se dirige inexorablemente hacia nuestra redención, vemos en el Evangelio que el Señor rechaza contundentemente cualquier tentación que pretendía impedir que la peregrinación hacia Jerusalén continuara. Por eso reprende seriamente a Pedro que se asusta ante el final trágico de su Maestro; y cuando el mismo Pedro propone que la estadía en el monte Tabor se prolongue, el Padre interrumpe su discurso para dejar claro que hay que tomar en serio las palabras de Jesús. La exhortación *«Escúchenlo»* equivale a decir que «la palabra de mi Hijo se va a cumplir y hay que prestarle mucha atención».

Volvamos un momento al anuncio de Jesús porque hoy a nosotros, los bautizados de este tiempo, nos puede pasar lo mismo que les pasó a los discípulos de aquel momento: se asustaron tanto cuando el Maestro les habló de muerte que sus mentes no asimilaron la segunda parte del anuncio: su resurrección al tercer día. Para que veamos que el tema de la resurrección era incomprensible, el Evangelio de Marcos nos cuenta que los discípulos discutían *«qué era eso de resucitar de entre los muertos»* (Mc 9,10).

Lo que en el momento de la Transfiguración no era digerible, después se convirtió en experiencia cierta cuando el Señor resucitó. A nosotros hoy la fe nos da la seguridad de la vida que ha vencido la muerte. Y hoy nosotros entendemos el sentido del camino hacia la cruz porque así se lo manifestamos al Padre cuando oramos con el Prefacio: nuestra fe nos dice que Jesús *«les mostró en el monte santo el resplandor de su luz para testimoniar que por la pasión se llega a la gloria de la resurrección»*. En definitiva, el motivo de la acción de gracias de la Iglesia es aquella resurrección que es para nosotros esperanza segura, mientras que ofrecemos nuestros padecimientos y los unimos a la pasión de Cristo, convencidos de que *«si hemos muerto con Cristo viviremos con Él»* (Rm 6,8).

Textos proclamados: lectura de la Palabra de Dios en los domingos de la Cuaresma en el Ciclo A¹

	A T	Apóstol	Evangelio
Domingo 1	Gn 2,7-9; 3,1-7 Creación y pecado	Rm 5,12-19 Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia	Mt 4,1-11 Ayuno y tentación
Domingo 2	Gn 12,1-4 Vocación de Abraham	2 Tm 1,8-19 Vocación e iluminación	Mt 17,1-9 La transfiguración
Domingo 3	Ex 17,3-7 El agua de la roca	Rm 5,1-2.5-8 El Espíritu derramado en los corazones	Jn 4,5-42 La samaritana
Domingo 4	1Sam 16,1b.6-7.10.13 La unción de David	Ef 5,8-14 Cristo te iluminará	Jn 9,1-41 Ciego de nacimiento
Domingo 5	Ez 37,12-14 Promesa de vida	Rm 8,8-11 El Espíritu que habita en vosotros	Jn 11,1-45 Lázaro resucitado

Indicaciones de la Ordenación de las Lecturas de la Misa (núm. 97).

- † En los domingos primero y segundo se conservan las narraciones de las tentaciones y de la transfiguración del Señor, léidas en los tres sinópticos.
- † En el Ciclo A, los domingos III, IV y V de Cuaresma constituyen un itinerario bautismal. El agua, la luz y la vida son tres signos que evocan el bautismo y ayudan a los catecúmenos en su preparación.
- † Las lecturas del AT se refieren a la historia de la salvación, que es uno de los temas propios de la catequesis cuaresmal. Cada año hay una serie de textos que presentan los principales elementos de esta historia, desde el principio hasta la promesa de la nueva alianza.
- † Las lecturas del Apóstol se han escogido de manera que tengan relación con las lecturas del Evangelio y del Antiguo Testamento y haya, en lo posible, una adecuada conexión entre las mismas.

¹ J. CASTELLANO., *El año litúrgico, Memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia*, CPL 1994, 141-142.

Textos proclamados – Segundo domingo de Cuaresma

Comentario general a las lecturas²

Nuestro camino hacia Jerusalén con Jesús pasa este domingo por un momento de gloria. Como si la Iglesia, en los dos primeros domingos de Cuaresma, nos presentara la doble cara del misterio pascual: la lucha del desierto y la gloria de la transfiguración. Y todo tiene un sabroso sentido bautismal; para



que la fatiga del camino de Cuaresma no nos desanime, subimos con Jesús a la santa montaña, para una experiencia de gozo y de contemplación. Y aprendemos que también Él, el Señor, tuvo su oasis de luz y de gloria antes de su pasión, como si necesitara de la unción amorosa de las palabras del Padre y del gozo del Espíritu, para afrontar la lucha, terrible y dramática de la pasión redentora. La catequesis sobre los episodios sucesivos de la historia de la salvación en la primera lectura nos presenta a nuestro padre en la fe, Abrahán. Hombre peregrino que sale de casa fiándose sólo de Dios hacia una tierra desconocida. Hombre de fe al que se le promete una descendencia universal.

En Abrahán tenemos el modelo de la peregrinación que es dimensión constante de la Iglesia y de la vida cristiana, de la confianza absoluta en la palabra y en las promesas del Señor. Peregrinación de la santa Cuaresma, atenta lectura de las palabras y de las promesas del Señor. Peregrinos que saben dónde van, no gente que va por el mundo sin conocer ni el camino ni la meta.

La peregrinación de Jesús, como la del pueblo elegido, tiene esta vez también su Sinaí, una montaña santa de la manifestación gloriosa y luminosa de Dios. Por eso acuden a la cita con Jesús, los hombres del Horeb, Moisés y Elías. Y los nuevos peregrinos que Jesús ha llamado a su seguimiento, Pedro, Juan y Santiago.

La lectura del Evangelio es una invitación a participar en el misterio. Invitación a subir a la montaña alta, a contemplar con los ojos de la fe un Cristo luminoso, un Cristo del que se desprende en una explosión de claridad toda la fuerza de su divinidad; como si por un momento el Padre quisiera hacer visible a los ojos humanos el amor que tiene a su Hijo, el cariño con que le sigue, la gloria que está continuamente impregnando su ser, aunque

² J. CASTELLANO, *Orar con el año litúrgico. Ciclo A*, Valencia: EDICEP 2010, 49-51.

no se vea; como no se verá en la terrible opacidad de la pasión y de la muerte. Palabras de glorificación y de cariño son las que escuchan los discípulos: «Éste es mi hijo, el amado, mi predilecto; escuchadlo». Una invitación a contemplar a Jesús como Hijo amado del Padre, pero también a descubrir en la vida y en las palabras de Jesús el rostro amoroso, la protección constante, la presencia vivificante del Padre. Incluso cuando Jesús esté clavado en la cruz. En el momento de su invocación filial al único que lo puede salvar de la muerte.

No es extraño que la experiencia de la Transfiguración hiciese explotar la sensibilidad de Pedro, tan inmediato en sus reacciones. Por Él hubiera sido mejor quedarse para siempre en la montaña, en el éxtasis del gozo. Pero aquello era pasajero. Lo importante es que hubieran visto y oído. Lo esencial es dejarse tocar por el Señor con una incitación a levantarse del sueño de la contemplación y reemprender el camino de la peregrinación. Con una sola certeza, con una sola compañía, suficiente, absolutamente necesaria: «Jesús solo». Sólo Él. Pero ¿qué más pueden desear cuando tienen a Jesús, el Hijo amado, el que tiene esas palabras que pueden escuchar, para caminar seguros hacia otras montañas que no sean siempre las del gozo del Tabor?

La liturgia bautismal nos recuerda también algunos elementos que tienen relación con estas enseñanzas evangélicas. El catecúmeno que se dispone a recibir el Bautismo está llamado a escuchar la palabra de Dios. La ha escuchado desde su ingreso en el catecumenado y por eso se ha ido haciendo discípulo. También sus ojos —con la luz de la fe— se pueden ir abriendo a la contemplación de los misterios. En algunas liturgias orientales la unción prebautismal no tiene sólo el significado de lucha, de fortaleza para afrontar los momentos difíciles de la obediencia de la fe; esa unción es también la que impregna la mente y el corazón del cristiano para entrar en la confesión de los misterios; es la unción del Santo, de la que nos habla Juan en su primera carta. Oídos para escuchar, ojos para ver, palabras que florecen en los labios para invocar el nombre del Salvador.

La vida cristiana es vocación, llamada, elección como la de Abrahán, predilección como la de Cristo hacia sus discípulos más queridos. Vocación a entrar en la nube luminosa. Pablo nos habla en la segunda lectura de esa llamada en Cristo, del paso de la muerte a la vida, de la espera gozosa de la manifestación de Cristo, que no será pasajera como la del Tabor sino definitiva.

El cristiano como Cristo, tiene necesidad de esos momentos de unción espiritual que son la experiencia de comunión con el Padre, para permanecer con Jesús sólo. Porque a veces sólo con Cristo tiene que permanecer al pie de la cruz. Para eso posee la palabra de la certeza, la luz de la fe, la unción del Atleta de Cristo. Hay momentos de luz en la vida cristiana que nos permiten caminar con la lámpara encendida durante la noche, hasta que despunte el día gozoso de la Pascua.

Comentario a las lecturas bíblicas del Leccionario³

«Vocación de Abrahán, padre del pueblo de Dios».

Lectura del libro del Génesis 12,1-4a

Después de la alianza establecida con Noé, con la que Dios juró fidelidad a lo creado (cf. Gn 9), los hombres siguen inclinándose al mal (cf. Gn 11). Pero Dios continúa buscando la comunión con los hombres: a la dispersión de Babel sigue la vocación de Abrahán, llamado significativamente a romper todo vínculo social y de clan para poder seguir incondicionalmente los caminos del Señor (Gn 12,1). Al mandato de Dios – *«Sal de tu tierra...»* – sigue una promesa de bendición sobreabundante: en dos versículos aparece cinco veces, y tal repetición indica los *tres ámbitos* de la acción de Dios en favor de Abrahán.

El primero es la promesa de una posteridad humanamente imposible (Gn 11,30), acompañada de un gran nombre impuesto por Dios (como contraposición a Gn 11,4). El segundo ámbito, manifestado en el v. 3a, amplía el horizonte a todos los que reconozcan y acojan la historia de salvación que Dios inaugura a partir de Abrahán: se convertirán en hijos de la promesa. Por el contrario, quien pretenda obstaculizarla, no logrará su intento (cf. Nm 22-24). En el v. 3b el horizonte se universaliza: el tercer ámbito de la acción benéfica de Dios con Abrahán es la inclusión de todas las razas de la tierra en la historia de salvación.

En Cristo, la promesa de Dios se ha dilatado a todas las gentes (cf. Gal 3,15-18) hasta el cumplimiento escatológico. Al mandamiento de Dios sigue la obediencia de Abrahán, dejando que Dios disponga de sí y de su destino. Fiándose de él marchó como le había dicho el Señor. En esta marcha, no sólo Israel, sino todos los «hijos de la promesa» reconocen el prototipo de las sucesivas «salidas» que el Señor pedirá a los suyos: el Éxodo, la vuelta de Babilonia, el seguimiento de los discípulos, el compromiso de vivir como extranjeros y peregrinos en este mundo. La fe obediente de Abrahán quedará para todos como paradigma de la respuesta a la propia vocación.

«Dios nos llama y nos ilumina».

Lectura de la segunda Carta del apóstol san Pablo a Timoteo 1,8b-10

Desde Roma Pablo, en la cárcel como un delincuente vulgar (2,9), envía a su querido discípulo Timoteo, obispo de Éfeso, una desgarradora llamada con tono de último mensaje. A la prisión, se añade el sufrimiento moral (1,12), pero no debe ser motivo de vergüenza o desaliento para el hijo espiritual (1,8). Es, más bien, el momento oportuno

³ AA.VV., *Lectio divina para cada día del año*, vol. 3, Navarra: Verbo Divino 2002, 108-112.

para reavivar el carisma recibido mediante la imposición de las manos de los presbíteros y obtener el espíritu de fortaleza, amor y sabiduría que permite afrontar victoriosamente la hora de la prueba (v. (6s). Es inevitable que los discípulos de Cristo deban subir a causa de su fe (2,3), pero no están solos en la persecución: la gracia de Dios sostiene en el momento de dar testimonio (v. 8b) y hace que incluso la debilidad humana concurra a la salvación (2,10-12a).

En el breve v. 10 aparece el núcleo del *kérygma*: la encarnación, la muerte y la resurrección del Salvador. Él nos ha abierto un acceso a la luz, venciendo la muerte; siguiendo sus huellas y las huellas de todos los santos que han seguido fielmente a Jesús, también Timoteo (y, como él, cualquier cristiano) podrá afrontar con fe y amor los sufrimientos por el Evangelio (v. 13). La nostalgia de la separación (v. 4), la timidez humana (v. 7) de Timoteo, la «escandalosa» situación en la que Pablo se encuentra, las reiteradas alusiones a la cárcel y a la defección de los cristianos (v. 15), podrían arrojar una oscura sombra en la vida del discípulo, por eso el apóstol -con un vocabulario que evoca la luminosidad (v. 10)- alienta: Cristo sacó a la luz la vida inmortal.

«Su rostro resplandecía como el sol».

Lectura del Santo Evangelio según san Mateo 17,1-9

En el texto de Mateo, la narración de la transfiguración comienza con una indicación cronológica – «*Seis días después*» – que lo vincula con lo precedente, es decir, con la profesión de fe de Pedro, con el primer anuncio claro por parte de Jesús de su pasión y con la declaración de que para ser discípulos es necesario seguirle por el camino de la cruz. «*Seis días después*» el Maestro lleva a tres de sus discípulos a una montaña alta para concederles la experiencia anticipada de la gloria prometida después de padecer. En aquella elevada soledad Jesús les muestra su aspecto divino «*cambiando de aspecto*» (v. 2). Mateo insiste particularmente en la luz y el fulgor que emanan de él, evocando la figura del Hijo del hombre de Dn 10 y la narración de la manifestación de YHWH en la cumbre del Sinaí.

Las continuas alusiones a las teofanías del Antiguo Testamento (Ex 19,16; 24,3; 1 Re 19,11) indican que está pasando algo extremadamente importante: en Jesús la antigua alianza va a transformarse en «*nueva y eterna alianza*». La aparición de Moisés y Elías testimonia que Jesús es el cumplimiento de la Ley y los Profetas, el que guiará al pueblo a la verdadera tierra prometida y lo restablecerá en la integridad de la fe en Dios.

La intervención de Pedro (v. 4) indica el contexto litúrgico de la fiesta de los Tabernáculos, la más alegre y resplandeciente de luces, que conmemoraba el tiempo del Éxodo, cuando Dios bajaba en medio de su pueblo morando también él en una tienda, la tienda del encuentro. La Nube de la Presencia (*shekinah*), que ahora desciende y envuelve a los presentes, actualiza y lleva a la plenitud la liturgia: como declara la voz que se oye desde el cielo, Jesús es el profeta «*más grande*» preanunciado por el mismo Moisés

(Dt 18,15), y lo es por ser el Hijo predilecto de Dios. Ante esta manifestación extraordinaria de gloria, un gran temor se apodera de los discípulos. Jesús los reanima con su gesto y su palabra (v. 7) como el Hijo del hombre de la visión de Daniel. Se vuelve más desconcertante e incomprensible a los discípulos lo que Jesús, ya sólo, les dice: el Hijo del hombre – la figura gloriosa esperada como conclusión de la historia – deberá afrontar la muerte y resucitar.

Mateo nos presenta a Jesús no sólo como el verdadero Israel, sino también como el nuevo Moisés, al citar el ayuno de cuarenta días y cuarenta noches, y la mención del “*monte altísimo*” desde donde el diablo le muestra todos los reinos de la tierra, aludiendo a Dt 34,1-4. Estos cuarenta días en el desierto preparan a Jesús para que asuma la guía del nuevo pueblo de Dios, a quien ofrece la Ley nueva.

San Juan Damasceno:⁴
«ESTE ES MI HIJO AMADO».

Hoy, es el abismo de la luz inaccesible. Hoy, sobre el Tabor, la efusión infinita del resplandor divino brilla ante los apóstoles. Hoy Jesucristo se manifiesta como maestro de la Antigua y de la Nueva Alianza... Hoy sobre el Tabor, Moisés, el legislador de Dios, el padre de la Antigua Alianza, asiste como un servidor, a su maestro, Cristo, el dador de la Ley. Y reconoce su designio al que lo había iniciado en el pasado por prefiguración; esto es lo que significa, en mi opinión, «ver a Dios de espalda» (Ex 33,23). Ahora ve claramente la gloria de la divinidad, «albergado en la ranura de la roca» (Ex 33,22), pero «esta roca era Cristo» (1Co 10,4), como Pablo lo ha enseñado expresamente: el Dios encarnado, Verbo y Señor...

Hoy el padre de la Nueva Alianza, que había...proclamado a Cristo como Hijo de Dios diciendo: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo», ve al padre de la Antigua Alianza, que se mantiene cerca del donante de la una y otra, y que le dice: «He aquí El que es. He aquí, entonces, del que he dicho que surgirá un profeta (Ex 3,14; Dt 18,15; Hch 3,22) – como yo, en cuanto hombre y como jefe del nuevo pueblo, pero por encima de mí y de toda criatura, que dispone para mí y para ti, las dos alianzas, la Antigua y la Nueva».

Venid pues, ¡obedezcamos a David el profeta! ¡Cantemos a nuestro Dios, cantemos a nuestro Rey, cantemos! «Él es el Rey de toda la tierra» (Sal. 46,7-8). Cantemos con sabiduría; cantemos con alegría... Cantemos también al Espíritu «que lo sondea todo, incluso las profundidades de Dios» (1Co 2,10), veamos, en esta luz del Padre, que es el Espíritu iluminando todas las cosas, la luz inaccesible, el Hijo de Dios. Hoy se manifiesta lo que los ojos de carne no pueden ver: un cuerpo terrestre irradiando esplendor divino, un cuerpo mortal rebosando la gloria de la divinidad... Las cosas humanas pasan a ser las de Dios, y las divinas las de los humanos.

⁴ Homilía sobre la Transfiguración: PG 96, 545.

Segundo domingo de Cuaresma

1 de marzo de 2026

«Su rostro resplandecía como el sol».



Moniciones

Entrada

Queridos hermanos: por medio de esta Eucaristía, Cristo nos anima a seguir avanzando en este camino cuaresmal hacia la Pascua, hacia la celebración de su Resurrección. Hoy lo veremos transfigurado y resplandeciente porque verdaderamente es el Hijo de Dios. Que la luz de Cristo nos ilumine para que, pasando por su cruz, alcancemos también su gloria. Participemos con fe de esta liturgia.

Liturgia de la Palabra

Las lecturas bíblicas de este domingo nos muestran que Dios ha ido realizando maravillas en la historia, desde Abraham hasta que Cristo destruyó la muerte y nos mostró el camino hacia la vida eterna. Escuchemos atentos.

Presentación de los dones

Con humildad y sencillez presentamos al Señor este pan y este vino. Abramos nuestros ojos para reconocer que Cristo Jesús, el rey de la gloria, se hará presente en el altar, en su Cuerpo y en su Sangre.

Comunión

En la Cuaresma debe aumentar en nosotros el deseo de pasar a la vida eterna y de contemplar el rostro de Cristo. Mientras caminamos hacia ese objetivo, recibamos el alimento de su Cuerpo y escuchemos su voz.

Segundo domingo de Cuaresma

1 de marzo de 2026

«Su rostro resplandecía como el sol».



Oración universal

Elevemos nuestra oración confiada al Padre que nos ha invitado a escuchar a su Hijo, para que, juntos como comunidad de creyentes, demos razón de nuestra fe y esperanza ante todos los hombres. Digamos:

R/. Señor, ten piedad

- † Oremos por la Iglesia universal para que, transfigurada por la presencia del Espíritu Santo, siga dando testimonio de Cristo muerto y resucitado.
- † Oremos por los gobernantes del mundo entero para que, conscientes de las necesidades de sus pueblos, trabajen con firmeza para ayudar verdaderamente a cada persona.
- † Oremos por las elecciones legislativas del próximo domingo para que los ciudadanos elijamos con sabiduría, conscientes de nuestro deber político y cristiano.
- † Oremos por los más necesitados, especialmente aquellos que sufren por causa del invierno en nuestro país, para que superen pronto esta situación y miren el futuro con esperanza.
- † Oremos por esta comunidad de fe que se encuentra viviendo el tiempo de desierto cuaresmal. Que el Señor nos fortalezca para subir a Jerusalén, pasar por su cruz y contemplar su gloriosa resurrección

Señor Dios nuestro,
tu Hijo Jesús ha destruido la muerte
y ha sacado a la luz la vida inmortal.
Que tu misericordia venga sobre nosotros
como lo esperamos de ti.
Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor. Amén.